

Pase el tiempo veloz y yo despierte



Con tales palabras, o semejantes, nos adormecemos todos alguna vez, o se adormecen algunos todas las noches. Sacarle el cuerpo —iy el ánimo!— al desgaste de los acontecimientos. O *del acontecimiento* cuando menguan plurales, que el tiempo es oprobioso si discurre en un solo tono.

Todas las horas hieren, la última mata, es inscripción usual en los relojes de sol, que son, pese a la indudable veracidad de esa frase, los cronómetros más indescifrables, porque sólo los conocedores de su complejo código pueden saber la hora cuando miran su esfera, que sólo en apariencia está emparentado con el reloj mecánico que todos utilizamos en la vida cotidiana.

De modo que uno cree alucinar cuando encuentra ese reloj de sol en la torrecilla de un edificio en plena barriada de La Víbora.

—¿Tiene hora ahí? —le pregunta un muchacho a un viejo sentado en un escalón y, sin decir nada, el hombre le señala con el índice extendido hacia el fantástico reloj.

El muchacho mira hacia allá durante unos segundos y se encoge de hombros. Quizás nunca se había fijado bien en el artefacto. Quizás le parece que es un simple reloj de torre que lleva roto muchos años. Quizás sabe que es un reloj de sol y que nadie puede interpretar sus datos. Quizás piensa que el viejo es un idiota que se cree simpático pero ahora no tiene tiempo para una controversia callejera.

Alguien, unos metros más adelante, le dice por fin qué hora es, y él se apresura aún más. Ya llegará muy tarde a sus clases, a su trabajo, al

encuentro con su novia o a la cita con un amigo. Y es probable que la persona que le ha dado la hora también vaya tarde ya a su destino.

Quizás Cuba sea el único país donde existe desde hace decenas de años una emisora radial consagrada principalmente a informar el tiempo exacto minuto tras minuto, con precisión de cuarzo, durante las veinticuatro horas del día, en la voz de dos locutores que se alternan el micrófono y que, mientras tanto, repiten unas pocas noticias de las que, si acaso, las más fiables son las referidas al clima, ese inestable caldo.

Es normal escuchar, si uno camina por las aceras en el amanecer, el tictac de Radio Reloj que brota a través de las puertas y las ventanas de las casas que se despiertan a esa hora. Y ese sonido pudiera parecer que promete un día robótico para los que salen de esas casas al burbujeo mañanero de la ciudad. Pero

no. Por una razón o por otra, por la demora del pan o por la tardanza del ómnibus, lo más normal es que muchos no lleguen en el tiempo requerido a donde deben. El tictac de Radio Reloj es una parte de la

banda sonora del día, el background del reguetón que hay que salir a improvisar: A la batalla, dicen unos. Al mercado, en fin: al templo odioso y obligado.

Es el *homo temporum*, que en latín no designa, como puede parecer, al ser humano crucificado mentalmente a las manecillas del reloj, sino, por el contrario, a la persona acomodaticia, que actúa de acuerdo sólo con las circunstancias. O sea, que vive en consonancia únicamente con los tiempos que le tocan en suerte.

Al final de la jornada, tarde en la noche, después de la película o la telenovela, vuelve a sonar Radio Reloj, quizás con menos volumen, para asegurar la alarma del despertador. Y tal vez uno vuelve a desear que pase el tiempo aunque también pase uno más de lo que quisiera,

pero que pase también un tiempo suficiente y entonces uno se despierte y encuentre que ya está *al otro lado*.

Que estos días interminablemente lentos sean ya el pasado.

